



Nova Tellus

ISSN: 0185-3058

novatelu@servidor.unam.mx

Centro de Estudios Clásicos

México

GAOS SCHMIDT, Amparo

La fisión de Roma. Rutilio Namaciano y Egeria, testimonios de la ruptura

Nova Tellus, vol. 24, núm. 1, 2006, pp. 141-156

Centro de Estudios Clásicos

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59114742007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**La fisión de Roma.
Rutilio Namaciano y Egeria,
testimonios de la ruptura**

Amparo GAOS SCHMIDT

Universidad Nacional Autónoma de México
agaos@prodigy.net.mx

RESUMEN: El desmesurado crecimiento del Imperio Romano, entre otros factores, causó que la lengua, la religión y las costumbres de los habitantes de sus diversas provincias fueran haciendo progresivamente diferentes; esa diferencia, que constituye uno de los motivos que dieron origen al desmembramiento de dicho Imperio, es palpable en dos obras, el *De reditu suo* y la *Peregrinatio ad Loca Sancta*, escritas a finales del siglo IV o comienzos del V de nuestra era, por Rutilio Namaciano y Egeria, respectivamente.

* * *

ABSTRACT: The inordinate growth of the Roman Empire, among other factors, determined the progressive diversification of the language, religion and customs of the inhabitants of its various provinces. This divergence, one of the motives that resulted in the dismemberment of the Empire, is palpable in Namatianus' *De reditu suo* and in Egeria's *Peregrinatio ad Loca Sancta*, both written towards the end of the fourth century or beginning of the fifth century CE.

PALABRAS CLAVE: cristianismo, *De reditu suo*, Egeria, *Peregrinatio ad Loca Sancta*, Roma, Rutilio Namaciano.

RECEPCIÓN: 3 de marzo de 2006.

ACEPTACIÓN: 29 de marzo de 2006.

**La fisión de Roma.
Rutilio Namaciano y Egeria,
testimonios de la ruptura**

Amparo GAOS SCHMIDT

Hacia 390 a. C., los galos capitaneados por Breno capturaron y saquearon la ciudad de Roma;¹ durante siglos, ese acontecimiento constituyó la pesadilla de los romanos, acostumbrados a ser siempre vencedores. Sin embargo, el hecho de que luego la Urbe permaneciera incólume durante cerca de 800 años —y nunca una ciudad de esas dimensiones había subsistido tan largo lapso sin ser derrotada—, inspiró la frase *Roma Aeterna*, proclamada por los magistrados, celebrada por los escritores, acuñada en las monedas. Todavía en 313 d. C., esa incombustible fe en la perennidad de Roma llevó a Lactancio a decir que sólo cuando esa capital desapareciera, sobrevendría el fin del mundo:

Incluso la situación misma declara que la caída y final del mundo ocurrirán en breve, salvo que, de permanecer Roma intacta, parece que nada de eso debe temerse. Empero, cuando caiga esa capital del mundo y empiece a llegar su decadencia... ¿quién puede dudar de que ha llegado ya el fin de la humanidad y del orbe de las tierras?²

Pese a la desaparición del imperio creado por Roma, todavía cientos de años después subsistían vestigios de aquella fe: así,

¹ Los galos entraron en Roma el 18 de julio de 390 o 387 a. C., tras haber derrotado a un cuantioso ejército romano en las riberas del Alia.

² Lactancio, *Div. Inst.*, VII, xxv, 6-7: *Etiam res ipsa declarat, lapsum ruinamque rerum brevi fore: nisi quod incolumi urbe Roma nihil istiusmodi videtur esse metuendum. At vero cum caput illud orbis occiderit et πόμη esse cooperit, quis dubitet venisse iam finem rebus humanis, orbique terrarum?*

Edward Gibbon declaró que el derrumbe de ese imperio, cuya historia escribió con erudición ecuménica, si bien no implicaba el fin del mundo, constituía “el mayor y más terrible espectáculo en la historia de la humanidad”.³

A través de los siglos, innumerables estudiosos han sustentado diversas teorías acerca de cuáles fueron las causas del desmoronamiento de la que fue la más poderosa y extensa nación de que se tenga noticia. Es obvio que no pudo deberse a un solo motivo, pero de entre los que se han sostenido —entre otros, la deficiente defensa ante el acoso de los bárbaros, el triunfo del cristianismo, la administración deficiente, la arbitraría imposición de impuestos—⁴ destaca el que pone énfasis precisamente en la desmesurada extensión de los dominios romanos, que propició, por ejemplo, que en tiempos de Diocleciano surgieran ciudades que llegaron a competir en importancia con Roma, la cual, por otra parte, día a día manifestaba mayor incapacidad de gobernar ella sola tan vastas extensiones, y subsistía como capital fundamentalmente gracias a la importancia que le conferían sus antiguas prerrogativas políticas y a la creciente trascendencia que estaba adquiriendo como centro de una nueva religión, el cristianismo.⁵ En un esfuerzo porque su gobierno resultase más operativo, en 364, dos emperadores, los hermanos Valentiniano y Valente, y, unos 30 años después, Arcadio y Honorio, hijos de Teodosio el Grande, concordaron en dividir en dos los dominios que habían heredado; desde entonces se habló de Imperio de Occidente y de Imperio de Oriente, pero ya no de Imperio Romano.

Menos de un siglo después, en 476, desapareció como tal el Imperio de Occidente, cuando, al apoderarse los godos defini-

³ Gibbon, *The Decline*, cap. LXXI, penúltimo párrafo.

⁴ Jones (*The later Roman Empire 284-602*, vol. II, cap. xxv) realiza una amplia revisión de esos motivos.

⁵ Jones, *The later Roman Empire 284-602*, vol. I, p. 687.

tivamente de Roma —ya tan menguada incluso en extensión, que de nuevo cabía dentro de las murallas de Aureliano—, sucedió lo que en otros tiempos habría sido impensable: un mercenario germano, Odoacro, dio muerte al emperador Orestes, depuso al hijo y sucesor de éste, Rómulo Augusto, y fue proclamado rey. El Imperio de Oriente, por el contrario, se acrecentó a tal punto que hacia 413 su capital, Constantinopla, requirió que su antigua muralla fuera sustituida por una nueva —que abarcó un territorio que duplicaba el que tenía la ciudad unos 100 años antes, cuando fue fundada por Constantino⁶— y, aunque paulatinamente transformándose en un reino griego y en progresiva decadencia, subsistió durante unos mil años más.

Muchos años antes de estos acontecimientos, ya Tito Livio había señalado el germen de destrucción existente en las dimensiones día a día mayores del imperio: en el prefacio de su obra, afirmó que Roma

nacida de exiguos orígenes, ha crecido de modo tal, que ya es víctima de su propia grandeza.⁷

Palabras más, palabras menos, esta idea va a ser reiterada por muchos historiadores modernos, de los cuales el primero fue quizás el ya mencionado Gibbon.⁸ Pero tal vez no resulte descabellado aducir otra causa, relacionada con la de Tito Livio, que sugiere la lectura de Plutarco. En la *Vida de Rómulo*, el moralista y biógrafo de Queronea declaró:

Pues bien, no hay cosa que engrandeciera más a Roma que esto: que siempre se atraía y asimilaba a los que vencía.⁹

⁶ Jones, *The later Roman Empire 284-602*, vol. I, p. 710.

⁷ Liv., A.V. C., *Praefatio*, I, 4: *quae ab exiguis profecta initis eo creverit ut iam magnitudine laboret sua.*

⁸ Gibbon, apud Cary and Scullard, cap. xliv, p. 551: “The decline of Rome was the natural and inevitable effect of immoderate greatness”.

⁹ Plut., *Rom.*, XVI, 5: *τούτου μὲν οὖν οὐκ ἔστιν ὅ τι μᾶλλον ηὔξησε τὴν Ἀρμην, ἀεὶ προσποιοῦσαν ἐσυτῇ καὶ συννέμουσαν ὃν κρατήσειεν.*

¿Cómo lograba Roma esa asimilación? En varios pasajes de esa misma biografía, Plutarco hizo ver que lo consiguió poniendo en práctica una inteligente política: convertirse en preceptor de los vencidos. Así, hablando de las primeras conquistas realizadas por Rómulo, dijo que éste, tras vencer en combate a los pobladores de Cameria,

mató a seis mil y, conquistando la ciudad, a la mitad de los supervivientes los desterró a Roma, e hizo venir, de Roma a Cameria, el doble de los que quedaron.¹⁰

Indudablemente este proceder tenía una clara meta: que los cautivos llevados a la Urbe, a más de constituir otros tantos rehenes de la sumisión de su patria, aprendieran allí la religión, las costumbres y la lengua de sus vencedores, a fin de que, cuando, años después, ya cabalmente formados y adaptados al modo de vida romano, se les permitiera regresar a sus ciudades de origen, también ellos, consciente o inconscientemente, actuaran como instructores de sus conciudadanos. Aunque a menudo rudos e incultos, los legionarios establecidos en las ciudades capturadas, de modo natural se convertirían en otros tantos maestros que, no formalmente, en escuelas, sino por el mero hecho de convivir con los habitantes del lugar, enseñarían esa religión, esas costumbres y esa lengua a los vencidos a quienes se había consentido seguir viviendo en sus hogares. Empleando este hábil método, Roma amalgamó sus tres primeras conquistas, las del pueblo latino, del sabino y del etrusco, y preludió así su absorción del mundo antiguo en una poderosa unidad.

Sin embargo, es muy factible que la incesante expansión del imperio fuera progresivamente impidiendo la aplicación

¹⁰ Plut., *Rom.*, XXIV, 3: εὐθὺς οὖν ὁ Ἐρωμάλος ἐστράτευσεν ἐπ’ αὐτοὺς καὶ μάχῃ κρατήσας ἔξακισχιλίους ἀπέκτεινε· καὶ τὴν πόλιν ἐλόν, τοὺς μὲν ἡμίσεις τῶν περιγενομένων εἰς Ἐρώμην ἐξόφισε, τῶν δὲ ὑπομενόντων διπλασίους ἐκ Ἐρώμης κατέφκισεν εἰς τὴν Καμερίαν. La misma idea está expuesta en el capítulo XXIII, 6, y en la *Comparación*, IV, 2.

de esa política, al hacer que a la larga resultara imposible disponer de suficientes soldados romanos que, duplicando el número de los rehenes llevados a la Urbe otrora fundada por Rómulo, pudieran ser establecidos en los territorios que se iban adquiriendo en puntos más y más lejanos, y desempeñaran allí la doble misión de proteger la conquista y de adocrinar a los conquistados. A mi parecer, la distancia cada vez mayor a que se encontraban los territorios que se iban conquistando por una parte, y la escasez de maestros, por la otra, pudieron ser factores que, si no causaron, por lo menos coadyuvaron a que dejara de existir aquella comunidad de lengua, religión y costumbres que confería cohesión a los territorios dominados por Roma.¹¹ A este factor de disolución se sumaba otro íntimamente relacionado con él y ya palpable en la época de Catón el Censor: en palabras de Plutarco,

la república se había vuelto demasiado grande para conservar su pureza, y el imperio que ejercía sobre tantos asuntos y tantos pueblos había introducido en ella una gran mezcla de costumbres y de todo género de maneras de vivir.¹²

La disimilitud de costumbres, hábitos e incluso ideales que contribuiría a la desaparición del Imperio Romano como tal, está claramente ejemplificada por Claudio Rutilio Namaciano y Egeria, dos escritores que vivieron hacia finales del siglo IV o comienzos del V de nuestra era,¹³ y que, muy de acuerdo con

¹¹ Gibbon, *The Decline*, cap. III, últimas líneas.

¹² Plut., *Ca. Ma.*, IV, 2: ἥδη τότε τῆς πολιτείας τὸ καθαρὸν ὑπὸ μεγέθους οὐ φυλαττούσης, ἀλλὰ τῷ κρατεῖν πραγμάτων πολλῶν καὶ ἀνθρώπων πρὸς πολλὰ μιγνυμένης ἔθη καὶ βίων παραδείγματα παντοδαπῶν ὑποδεχομένης. Cf. Juvenal, *S.*, VI, 298 ss.: *Prima peregrinos obscaena pecunia mores // intulit, et turpi fregerunt saecula luxu // divitiae molles.*

¹³ De acuerdo con diversos estudiosos, la *Peregrinatio* de Egeria fue escrita entre 384 y 400. Del poema de Rutilio Namaciano se desprende que éste desempeñó diferentes cargos bajo el emperador Honorio, el cual reinó entre los años 395 y 423 de nuestra era; al parecer, en 416 realizó el viaje que relata en dicho poema.

una tendencia literaria de larga tradición, los relatos de viajes,¹⁴ narraron las andanzas que en determinado momento los alejaron de sus hogares: en versos construidos con apego a las normas de la retórica clásica, Rutilio Namaciano habló *Acerca de su retorno a Galia*; Egeria, sirviéndose de una prosa de ramplona sencillez, narró su *Peregrinación a los lugares santos*.¹⁵

Rasgo curioso es que al parecer ninguno de los dos dio la debida importancia a sucesos que tuvieron enorme trascendencia: la reiterada irrupción de pueblos bárbaros en Europa, y el saqueo de que durante tres días hicieron objeto a Roma las huestes de Alarico, el autoproclamado *rex gothorum*.¹⁶ En efecto, en su poema Rutilio habló de pasada acerca de los destrozos que los godos, apoyados por los hunos de Ataúlfo, habían causado en la tierra de sus abuelos, y en ningún pasaje dio muestras de la estremecida emoción de quien ha visto a las huestes enemigas entrar vencedoras en la que había sido la capital de un poderosísimo imperio y que, de hecho, para él continuaba siendo la capital de su mundo, pese a que ello había ocurrido sólo dos años antes de que él iniciara su viaje. Egeria tampoco mencionó ese saqueo y en ninguna parte hizo alusión a los destrozos causados por las hordas de los vándalos o de los ostrogodos cuando pasaron a través de España para establecerse en África: se limitó a hablar de los parajes que visitaba, y ni siquiera hizo referencia alguna al lugar

¹⁴ En la literatura latina abundan ejemplos de esta tendencia: baste recordar las *Tristia* de Ovidio o, más cercano a la época de Rutilio, el *Mosella* de Ausonio.

¹⁵ La obra de Rutilio Namaciano también es conocida como *Itinerarium*; el título de *De reditu suo* está tomado del primer verso que poseemos del libro I. La obra de Egeria ha recibido también los nombres de *Peregrinatio Aetheriae* y de *Itinerarium Egeriae*.

¹⁶ A la cabeza de sus visigodos, Alarico llegó a Italia hacia 401; aunque en 402 y 403 había sido derrotado por Estilicón, el general que durante varios años fue de hecho el gobernante del Imperio de Occidente, años después sitió en tres ocasiones la ciudad de Roma; finalmente se apoderó de ella el 24 de agosto de 410, y la saqueó durante tres días, según algunos autores, o seis, según otros. Cf. Burns, *Rome and the B.*, p. 367.

donde residía habitualmente o a aquel de donde había iniciado su viaje. Tal vez la omisión se debiera, sobre todo en Rutilio, a un deseo inconsciente de refugiarse en la gloria del pasado para huir de la inseguridad del presente; tal vez en ambos, pero de manera más manifiesta en Rutilio, y menos evidente en Egeria, se debiera a la confianza que aún infundía en ellos Roma, la Roma que de modo invariable tarde o temprano había doblegado a todos los Brenos, los Pirros o los Aníbales que habían osado atacarla.

Rutilio y Egeria nacieron en la misma época y, dentro de las tierras regidas por Roma, en regiones no demasiado distantes entre sí; sin embargo, son muchos los rasgos que revelan hasta qué grado la mentalidad de uno y otra, como en general la de los habitantes de las demás regiones del imperio, estaban distanciándose diametralmente; debido a ello, los considero testimonios fehacientes de por qué de manera inevitable sobreveniría la fragmentación del reino fundado por Rómulo.

Es obvio que la divergencia entre ambos en gran medida se debía a que no recibieron el mismo género de enseñanza. Rutilio había visto la luz primera en Galia, en la región de Tolosa, pero fue educado en Roma a la manera tradicional y adoctrinado en los valores que habían forjado la grandeza de la Urbe; también a la manera tradicional realizó allí su aprendizaje del derecho y los procedimientos del foro,¹⁷ y allí desempeñó diversas magistraturas, algunas de ellas de no escasa importancia, como *Magister officiorum* en 412 o, dos años después, la de *Praefectus Urbis*.¹⁸ Respecto a Egeria, no se tiene certeza de cuál era su nombre exacto, pues en los diversos manuscritos que nos han transmitido su obra recibe las

¹⁷ Sc., el usual *tirocinium fori*: cf. Suet., Aug., XXVI, 2: *C. et Lucium filios amplissimo praeditus magistratu suo quemque tirocinio deduceret in forum*.

¹⁸ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 157-160: *si non displicui, regerem cum iura Quirini, // si colui sanctos consuluisse patres; // nam quod nulla meum strinxerunt crimina ferrum, // non sit praefecti gloria, sed populi*. Véanse también 423-428; 467-468.

denominaciones de Egeria, Echeria, Etheria, Aetheria y Geria; asimismo acerca de su vida es poco lo que se conoce: se sospecha, por razones que se verán un poco más adelante,¹⁹ que descendía de ilustre linaje, y se cree que nació en Hispania, probablemente en Galicia, que profesó como monja y que tal vez llegó a ser abadesa de su convento.²⁰

Las razones que determinaron a Rutilio a emprender su viaje fueron por entero terrenales: revisar los destrozos que habían causado las incursiones de los godos en las fincas que poseía por herencia familiar en su natal Galia: “no es justo —se lee en su poema— ignorar más tiempo, largas ruinas”²¹ A Egeria, por el contrario, la impulsaron móviles totalmente espirituales: según asentó en la *Peregrinatio*, el deseo de emprender el viaje le había sido inspirado por Dios,²² y por ello planeó su recorrido como devota visita a localidades seleccionadas exclusivamente por haber sido escenario de sucesos significativos de la acción de la divinidad sobre el hombre —como el lugar en donde todavía se alzaba la zarza “desde la cual, en medio de llamas, habló el Señor a Moisés”—²³ o donde las ceremonias celebradas

¹⁹ Cf. la página 152.

²⁰ El lugar de nacimiento se infiere de una carta dirigida en 650 por un monje español, Valerio, a su comunidad. El hecho de que fue monja se deduce de que muy a menudo se dirige a sus “señoras y venerables hermanas”, esto es, a otras monjas, compañeras suyas o dirigidas por ella, en caso de que, como se ha supuesto, haya sido una abadesa, según permite deducir el capítulo 23, 3 de la *Peregrinatio*: *Nam inveni ibi aliquam amicissimam mihi, et cui omnes in oriente testimonium ferebant vitae ipsius, sancta diaconissa nomine Marthana, quam ego apud Ierusalimam noveram, ubi illa gratia orationis ascenderat; haec autem monasteria apotactitum seu virginum regebat.*

²¹ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 20-22: *indigenamque suum Gallica rura vocant. // illa quidem longis nimium deformia bellis, // sed quam grata minus, tam miseranda magis; ib., 27: nec fas ulterius longas nescire ruinas.*

²² Cf. Egeria, *Peregrinatio*, I, iii, 2: *quia desiderium quod habebam iuiente Deo videbam compleri.*

²³ Cf. Egeria, *Peregrinatio*, I, iii, 7: *Hic est autem rubus... de quo locutus est Dominus Moysi in igne; un poco antes (iv, 4) se lee: Nam hic est locus Choreb, ubi fuit Sanctus Helias profeta, qua fugit a facie Achab regis.*

en conmemoración de la Natividad, la Pasión y la Resurrección de Cristo revistieran peculiar modalidad.²⁴

En tanto que Rutilio no dudó en alejarse de su ruta para visitar las regiones y las ciudades que, incluso devoradas por el tiempo o la incuria, testimoniaran la grandeza de Roma,²⁵ Egeria, por el contrario, sólo se encaminó a lugares en donde, según acabo de mencionar, se alzaran ermitas o iglesias, que hubieran sido escenario de acontecimientos bíblicos, que tuvieran especial interés por motivos litúrgicos, como Jerusalén, o que, como Siria o Palestina, le permitieran aquilatar las modalidades y la vitalidad de las órdenes monásticas.

La firme convicción de que Roma continuaba desempeñando la doble misión conquistadora y civilizadora que tiempo atrás había celebrado Virgilio,²⁶ movió a Rutilio —como también a otro contemporáneo suyo, el poeta Claudio Claudio— a celebrarla por haber vencido a los que temía, por amar a los que había vencido,²⁷ por haber dominado a quienes vivían en puntos tan remotos como las regiones polares o los desiertos africanos, logrando hacer de ellos un solo país.²⁸ la música de fondo, por así decir, del poema *Acerca de su regreso* es la

²⁴ A la descripción de esas ceremonias está dedicado todo el libro I de la *Peregrinatio*.

²⁵ Por ejemplo, Centumcela (hoy Cività Vecchia), donde Trajano realizó obras portuarias de magnitud asombrosa (I, 236 ss.), o Populonia, con su faro émulo del de Alejandría, o los acueductos, que Rutilio califica de *opus giganteum* (I, 100).

²⁶ Cf. Verg., *Aen.*, VI, 851 ss.: *Tu regere imperio populos, Romane, memento.// Hae tibi erunt artes, pacisque imponere morem, // parcere subiectis et debellare superbos.*

²⁷ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 72: *quos timuit superat, quos superavit amat; ib., 77-78: tu quoque, legiferis mundum complexa triumphis, // foedere communi vivere cuncta facis.*

²⁸ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 63: *fecisti patriam diversis gentibus unam; cf. Claudio Claudio, *De cons. Stilichonis*, III, 150-151: Haec est in gremium victos quae sola recepit // humanumque genus communi nomine fovit; ib., 159: quod cuncti gens una sumus.*

evocación de la *Roma Aeterna*.²⁹ Egeria ni siquiera mencionó a la Urbe, pese a ser centro de quienes, como ella, eran fervorosos creyentes en Cristo; sólo incidentalmente se refirió al hecho de que, cuando los parajes que deseaba visitar podían ser peligrosos o quedaban retirados,³⁰ le había prestado ayuda y protección la guarnición que al norte del Golfo de Suez velaba por el mantenimiento de la autoridad y la disciplina romanas, atención muy especial que, al igual que la deferencia del trato que le dispensaban obispos y otros dignatarios eclesiásticos,³¹ ha inducido a pensar que muy probablemente estuviera emparentada con algún alto personaje.

El aborrecimiento que por igual hacia los cristianos y los judíos³² manifestó enfáticamente Rutilio, podría atribuirse, por una parte, a que de corazón rendía culto a aquellos antiguos dioses paganos que habían protegido a Roma y la habían colmado de gloria; por la otra, a un móvil político, pues los miembros de aquellas religiones se negaban terminantemente no sólo a aceptar cualquier otra fe, sino a sacrificar en honor del emperador, lo cual, por añadidura, los hacía sospechosos de deslealtad. La fe de Egeria estaba totalmente puesta en Cristo, en acatar y en seguir puntillosamente los rituales de su

²⁹ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 115-160; cf., en especial, 121-122: *adversis solleste tuis sperare secunda: // exemplo caeli ditta damna subis;* 133-134: *porrige victuras Romana in saecula leges, // solaque fatales non vereare colos;* 137-138: *quae restant nullis obnoxia tempora metis, // dum stabunt terrae, dum polus astra feret!*

³⁰ Cf. Egeria, *Peregrinatio*, I, xix, 3: *Nos autem inde iam remisimus milites, qui nobis pro disciplina romana auxilia praebuerant, quandiu per loca suspecta ambulaveramus.*

³¹ Por ejemplo, el obispo de Arabia (*Peregrinatio*, I, viii), o el de Carrhae (ib., I, xx) acogieron con solicitud a Egeria y la guiaron en su recorrido por sus respectivas ciudades.

³² Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 440-446: *squalet lucifugis insula plena viris. / ipsi se monachos Graio cognomine dicunt, // quod soli nullo vivere teste volunt. // munera Fortunae metuunt, dum damna verentur: // quisquam sponte miser, ne miser esse queat? // quaenam perversi rabies tam stulta cerebri, // dum mala formides, nec bona posse pati?* Véanse también I, 383-398 y 400-525.

culto.³³ A este respecto, Rutilio y Egeria son representativos de la convivencia del paganismo y el cristianismo, característica de aquellos tiempos.³⁴

Pero no son éstas las únicas diferencias que los sitúan en polos opuestos: mientras Rutilio, cuando la inclemencia del tiempo o los vientos adversos le imponían detener su viaje, o lo movían a ello su gusto personal y su necesidad de descanso, se complacía en cazar, actividad favorita de los romanos no ya como fuente de subsistencia, sino también como deporte y como entretenimiento,³⁵ Egeria hacía altos en su camino para orar y comulgar en los parajes a los que la conducía su piedad,³⁶ y nunca dio muestras de disfrutar de la belleza o la grandiosidad del paisaje, de los “muchísimos deleites de las cosas del campo” que tanto complacían a los habitantes de Roma.³⁷ En tanto que Rutilio, como si viviera en los años del esplendor republicano, con invariable respeto narraba hechos gloriosos de cónsules y *Comites*

³³ Cf. Egeria, *Peregrinatio*, I, i, 4; iv, 3; x, 7; xii, 3, xxiii, 5.

³⁴ Por ejemplo, Egeria testimonia que a la fiesta de San Helpidio en Carrhae acudieron muchos monjes y clérigos, pero que los habitantes de la región eran todos paganos: cf. *Peregrinatio*, xx, 8: *In ipsa autem civitate extra paucos clericos et sanctos monachos, si qui tamen in civitate commorantur, penitus nullum Christianum inveni, sed totum gentes sunt.*

³⁵ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 622-630: *sectandisque iuvat membra movere feris. instrumenta parat venandi villicus hospes // atque oolidum doctas nosse cubile canes. // funditur insidiis et rara fraude plagarum // terribilisque cadit fulmine dentis aper, // quem Meleagri vereantur adire lacerti, // qui laxet nodos Amphitryoniadae. // tum responsuros persultat bucina colles, // fitque reportando carmine praeda levis.* Cic., *Cat. M.*, XVI, 56: *Conditiora facit haec supervacaneis etiam operis aucupium atque venatio;* es bien sabido que la cacería constituía además un espectáculo muy aplaudido en los circos: cf. Robert, pp. 177 ss.

³⁶ Cf. Egeria, *Peregrinatio*, I, x, 7: *Id enim nobis semper consuetudinis erat, ut ubicumque ad loca desiderata accedere volebamus, primum ibi fieret oratio, deinde legeretur lectio ipsa de codice, diceretur etiam psalmus unus pertinens ad rem et iterato fieret ibi oratio.*

³⁷ Cf. Cic., *Cat. M.*, XVI, 55: *Possum persequi permulta oblectamenta rerum rusticarum; De Or.*, II, vi, 22: *saepe ex socero meo audivi, cum is diceret soorem suum Laelium semper fere cum Scipione solitum rusticari eosque incredibiliter repuerascere esse solitos, cum rus ex urbe tamquam e vinclis evolavissent.*

del emperador,³⁸ y hacía gala de los logros de sus ancestros.³⁹ Egeria nada dijo acerca de su familia, y con humildad fingida o verdadera se limitó a mencionar, en tono reverente, a obispos y abades, a monjes y ermitaños, a mártires y santos.

Aunque ambos escribieron en latín, la lengua de Rutilio todavía muestra la corrección estilística y el vocabulario de la lengua de Cicerón, y abunda en reminiscencias clásicas,⁴⁰ reveladoras todas ellas de la esmerada educación que había recibido; en cambio, si se toma en cuenta la sintaxis simplísima, las cansadas repeticiones que de continuo la afean, las incorrecciones características del habla cotidiana de que está plagada, la *Peregrinación a los lugares santos* permite suponer que Egeria no sólo no recibió noción alguna de retórica, sino ni siquiera disfrutó nunca de la aleccionadora lectura de aquellos que dieron gloria a las letras latinas. Creo que esta discrepancia en la manera de hablar de ambos reviste todavía mayor importancia que todos los puntos anteriormente señalados, porque “la unidad y la grandeza de una nación se fundan, quizás más que en la fuerza de sus armas, en la corrección, la pureza y la elegancia de la lengua”⁴¹

³⁸ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 171-172: *huius facundae commissa palatia linguae: // primaevus meruit principis ore loqui; ib., 507-508: illustris nuper sacrae Comes additus aulae // contempsit summos ruris amore gradus.* Véanse también I, 168; 268; 465 ss.; 439 ss.

³⁹ Cf. Rut. Namat., *De reditu*, I, 575-580: *hic oblata mihi sancti genitoris imago, // Pisani proprio quam posuere foro... namque pater quondam Tyrrhenis praefuit arvis, // fascibus et senis credita iura dedit.*

⁴⁰ Así, en *De reditu*, I, pueden hallarse alusiones mitológicas (vv. 73-74: *inventrix oleae colitur vinique repertor // et qui primus humo pressit aratra puer*); geográficas (vv. 247-248: *qualis in Euboicis captiva natatibus unda // sustinet alterno bracchia lenta sinu*), e histórica-mitológicas (vv. 107-108: *nempe tibi subitus calidarum gurges aquarum // rupit Tarpeias hoste premente vias*; 125-128: *victoris Brenni non distulit Allia poenam; // Samnis servitio foedera saeva luit; // post multas Pyrrhum clades superata fugasti; // flevit successus Hannibal ipse suos*; 145-146: *aeternum tibi Rhenus aret, tibi Nilus inundet, // altricemque suam fertilis orbis alat*).

⁴¹ Bonifaz Nuño, “Introducción”, p. xvii.

En suma, Rutilio, nacido en una región muy cercana a Roma, y crecido y educado en esa ciudad, continuaba la tradición romana, de la cual, en cambio, se apartaba radicalmente Egeria, nativa de Hispania, país no tan cercano de la capital como Galia, aunque no tan lejano como otras provincias. Entre ellos existía total discrepancia de género de vida, de ideales y de costumbres; el único frágil lazo entre ellos era el idioma, el cual, aunque ya diversificándose, les habría permitido comunicarse. Personifican, por tanto, el hecho de que cuando la religión, los ideales, las costumbres, las distracciones difieren por completo; cuando, sobre todo, los habitantes de las diversas provincias del imperio, separadas una de otra por distancias a veces enormes, hablan ya de una manera que no es idéntica sino sólo semejante a la de los romanos; cuando nacen, pues, las llamadas lenguas romances, el mundo occidental está sufriendo una división que culmina el proceso iniciado por aquella otra que lo escindió por vez primera; de que Roma no muere, sino se fisiona y en su liberación de energía da origen a nuevos estados, a partir de los cuales se difunde al orbe entero su cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- BONIFAZ NUÑO, Rubén, cfr. CÉSAR
BURNS, Thomas S., *Rome and the Barbarians*, 100 B. C.-A. D. 400, Baltimore-London, John Hopkins University Press, 2003.
CARY, M., and H. H. SCULLARD, *A History of Rome down the reign of Constantine*, New York, Saint Martin's Press, 1978.
CÉSAR, *Guerra gálica*, vrs. Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1994.
CICERÓN, *Catón el Mayor: de la vejez; Lelio: de la amistad*, intr., ed., trad. y nts. Julio Pimentel Álvarez, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1997.

- CICERÓN, *Acerca del orador*, intr., trad. y nts. Amparo Gaos Schmidt, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1995, 2 vols.
- CLAUDIAN, trans. Maurice Platnauer, Cambridge, Harvard University Press (Loeb Classical Library, vols. 135 y 136), 1922.
- EGERIA, *Itinerarium Peregrinatio*, <http://www.thelatinlibrary.com>.
- HERRERO LLORENTE, Víctor José (trad.), *Peregrinación de Egeria*, Madrid, Aguilar, 1963.
- GIBBON, Edward, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, 180 A. D.-395 A. D., New York, The Modern Library, s/d, 3 vols.
- GINGRAS, George E. (trad.), *Egeria: Diary of a Pilgrimage*, New York, The Newman Press (Ancient Christian Writers, n° 38), 1970.
- JONES, A. H. M., *The later Roman Empire 284-602*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1964, 2 vols.
- JUVENTAL, *Sátiras*, intr., trad. y nts. Roberto Heredia Correa, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1974.
- LACTANCIO, *Instituciones divinas*, intr., trad. y nts. E. Sánchez Salor, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, vols. 136 y 137), 1990.
- LACTANTIUS, *Divinarum Institutionum Libri Septem*, PL, VI, cols. 812 y 813.
- PLUTARCH, *Lives*, trans. B. Perrin, vol. I, *Theseus and Romulus*; vol. II, *Aristides and Cato*, Cambridge, Harvard University Press (Loeb Classical Library, vols. 46 y 47), 1914.
- ROBERT, Jean-Noël, *Los placeres en Roma (Les plaisirs à Rome)*, trad. Manuel García Viñó, Madrid, EDAF, 1992.
- RUTILIUS NAMATIANUS, *De reditu suo*, apud Minor Latin poets, vol. II, trans. J. W. Duff and A. M. Duff, Cambridge, Harvard University Press (Loeb Classical Library, vol. 434), 1934.
- , *De reditu suo*, <http://www.thelatinlibrary.com>
- SUÉTONE, *Vie des douce Césars*, texte ét. et trad. Henri Ailloud, Paris, “Les Belles Lettres”, 1957, 3 vols.
- TITE-LIVE, *Histoire Romaine*, texte ét. Jean Bayet, trad. Gaston Baillet, Paris, “Les Belles Lettres”, 1949.
- VIRGILIO, *Eneida*, intr., vers. rítm. y nts. Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1972.